

Sólo los pacientes creen en los valores

Para decir la verdad y decirla rápidamente: hoy, de hecho, en nuestra escuela cuentan poco los valores.

Pero éste no debe ser un editorial de miopía barata disfrazada de pesimismo. Veamos.

En nuestra escuela hoy, de hecho, cuenta sobre todo el horario, el programa, la eficacia del aprendizaje, la metodología, la programación, la distribución de funciones... La verdad es que las magnitudes han ocupado gran parte del espacio que antes perteneció a las intenciones y a los proyectos. Se diría que, al menos en ocasiones, sólo cabe ajustarse a modelos dictados, sin demasiada oportunidad para recrearlos.

Si no fuera así, no andaríamos ahora mismo en SINITE interesados por el tema. Probablemente.

Tal vez haya lugares en que esto no sea todavía realidad, pero en líneas generales hemos de reconocer cómo, sin darnos demasiada cuenta, hemos ido pasando del maestro al funcionario, de la escuela a la organización, del saber a los títulos. Incluso de la vocación a los idearios. Nuestros centros se han ido vaciando poco a poco de la fe en sí mismos, agobiados bajo la necesidad de someterse a un ritmo y a unos contenidos imprescindibles.

Nos hemos hecho serios, científicos, programados, trabajadores incluso. Nos hemos hecho criaturas sin voluntad en un sistema universal y uniforme.

Nota.—Los artículos que a continuación ofrecemos en este número de *Sinite* son las ponencias presentadas y leídas en la Asamblea Nacional de Comunidades educativas «La Salle» que, bajo el lema «Los valores en la Comunidad educativa cristiana», tuvieron lugar en Valladolid, los días 5 al 8 de diciembre de 1981.

A continuación de cada ponencia presentamos las cuestiones que sirvieron como pauta para el diálogo entre los ponentes y los participantes en la Asamblea.

(Bastante antes de que apareciera entre nosotros la llamada prensa alternativa, bastante antes de que las publicaciones de la contracultura lo comentaran de nuestros centros educativos, en estas mismas páginas hemos hablado de ello.)

Probablemente han tenido su parte de responsabilidad la explosión demográfica y la urgencia de la homologación industrial. Nos hemos visto urgidos a crecer en número, casi juguetes en manos de una demanda tentadora. Hemos crecido hacia afuera y casi nos hemos secado hacia dentro. Sencillamente: a más alumnos, menos personalización.

A más alumnos ha correspondido, en el fondo, una notable trivialización de contenidos: aprender más cosas, más difíciles tal vez, más complejas, pero a la vez menos importantes, casi inútiles a la hora de la iniciativa de la vida. Como si la sociedad nos hubiera encerrado en los límites de unas edades, condenándonos a entretenerlas, incapaces de ofrecerles las verdaderas claves de su futuro persona.

Aquí, el paro y las múltiples oposiciones ante las caules queda en entredicho todo nuestro trabajo anterior. Nuestros títulos dan opción solamente a un nuevo examen. La vida real, la profesión y la felicidad del trabajo, quedan para otros agentes, superiores y seguramente harto poco científicos. Ellos, que nos habían impuesto la científicidad.

En ese estado de cosas hay bien poco lugar para los valores. Se nos han quedado tan viejos que nuestra sociedad apenas cree en ellos. O por lo menos no nos relaciona demasiado claramente con ellos.

* * *

En realidad, todo es un problema de paciencia.

Sólo los pacientes creen en los valores. Los impacientes, aunque se refieran a ellos con frecuencia, los desconocen o incluso los usan para desviar esperanzas ajenas. Toda Europa sabe hoy mucho de esto: basta verla a caballo entre una política acomodada y resignada y otra agresiva o soñadora.

Hoy en día, cuando miramos en torno nuestro o dentro de nosotros mismos, encontramos un tipo humano bien especial: interesado por la comprensión de las cosas, agobiado por su sometimiento a un trabajo no elegido, deseoso de olvidarlo todo en cuanto deja de estar sometido a la obligación. Es un tipo humano olvidado de cuanto suponía someterse gratuitamente al ritmo de la naturaleza. Ha olvidado aquello de la jornada más corta en invierno y más trabajosa en verano, la atención al sol y a la lluvia, la previsión de fiestas en los momentos puente a lo largo del año. No sabe ya casi aceptar que la vida es incluirse en un proceso más grande que cada una de nuestras personas.

Poco a poco nos hemos ido haciendo organizados y productivos, pero dentro de una productividad en la que nuestra mirada más honda no necesita ir más allá de lo que cada mañana encuentra ya programado para ella.

Así, cada día es copia del anterior y anticipo bastante fiel del siguiente. Así, nuestra vida va convirtiéndose en una cadena de repeticiones, no ya al estilo del respeto andar de las estaciones anuales, sino al de una cadena de producción.

En la repetición anual queda siempre el cielo sobre nuestra cabeza. Nuestra mirada no se limita a lo horizontal, a lo que tenemos delante de los ojos. Se dirige más allá de sí misma y de nuestra estatura, haciéndonos aceptadores activos o resignados de algo más grande que nosotros, árbitro del ritmo anual.

En al otra repetición, al estilo de la cadena de producción, las cosas son de muy otra manera. No necesitamos mirar más allá de nosotros mismos: sabemos que el árbitro de la cadena, el motor de nuestras repeticiones, es alguien como nosotros, un hombre situado en la fuente de la organización, gracias al poder y al dinero. Es más grande que nosotros, pero come y bebe como nosotros, e incluso puede equivocarse como nosotros. Por eso no necesitamos mirar más allá de donde alcanzan nuestras manos: porque dentro de nosotros mismos tenemos la clave para comprender el mecanismo del ritmo de los días.

Entonces, claro, acabamos creyendo que cuanto se pretende, se acaba consiguiendo. Exigimos. Planeamos duramente y esperamos hasta cierto plazo. Llegado el momento final, cuando la espera ha muerto, nos satisfacemos o bien agredimos activa o pasivamente.

Pero no podemos interpretar el proceso de la vida como una llamada a la gran paciencia.

* * *

La gran paciencia empieza y acaba con el nacer y el morir. En medio tiene todo lo demás: el trabajo, los encuentros, las preguntas, los cansancios, las alegrías, los objetos, los planes... todo lo que también tiene la otra paciencia. Pero ésta, la organizada, no empieza en el nacer ni le importa el morir: se ocupa sólo del poder trabajar. Desconoce principios y finales que puedan sobresaltar la seguridad de sus repeticiones.

La gran paciencia se diferencia de la paciencia organizada en su poder relativizador de todo.

Se ocupa del hacer y del comer y del confort, desde luego. Pero sabe que, a fin de cuentas, todo es un extraño acomodarse pasajeraamente. La otra, no. La otra ni siquiera cree en que la vida no se acaba. En realidad, no cree en nada; simplemente se ocupa y describe. Por eso carece de toda perspectiva relativizadora: porque todo lo suyo consiste en seguir estando, seguir haciendo, sin que haya más alternativa. Es el desesperante y superficial absoluto de la repetición.

Por todo eso, en nuestros tiempos es casi ridículo hablar de valores.

Los valores se refieren a ese tipo de palabras-reserva o palabras-interpretación o palabras paciencia. Se refieren al bien, al mérito, a la esperanza, al encuentro, a lo gratuito... Se refieren a temas casi inalcanzables o, por lo menos, nunca del todo comprensibles. Se refieren a algo que está detrás de lo que se ve, y que no puede alcanzar quien sólo vive en la repetición inmediata. Se refieren a realidades perfectamente inútiles, invisibles, insignificantes, irreales... para quien entiende la vida como organización trabajo-ocio.

Los valores se refieren a realidades inalcanzables. Siempre posibles, pero nunca del todo. Nos orientan y nos van llenando, son nuestro gozo y nuestro objetivo profundo. Pero nunca quedan en nuestras manos. Son como el horizonte, que uno sólo siente cuando lo ve lejos sin percibir que ya está en él y que precisamente por eso puede apetererlo. Tienen un pie en el suelo del presente y otro más allá de nuestros deseos más atrevidos.

Por eso, los valores son la fuente de nuestra esperanza: nos hacen fuertes y pacientes, serenos relativizadores de lo conseguido, aceptadores de que la felicidad siempre sigue siendo promesa, convencidos de que la indispensable organización no puede exhibir ningún título de garantía definitiva.

* * *

Si decimos creer todavía en los valores, es que pertenecemos a una cultura anterior o tal vez la nuestra nos está asomando a la última raíz de sus contradicciones.

De todos modos, de antes o de mañana, si decimos creer en los valores habremos de creer en la función del silencio en nuestra vida.

Habremos de adjudicar un espacio para la relación personal, para la experimentación «extraescolar» del programa, para el testimonio del maestro, para la presencia de la vida real dentro de nuestros horarios, para el recuerdo o la vuelta periódica a la naturaleza, para las actividades no rentables, para la presencia del antiguo alumno en su escuela, para el compromiso del alumno actual con la vida de su ciudad, para la aceptación cordial y crítica de todas las iniciativas sociales, para el reconocimiento del derecho al error entre nuestros maestros, para la entrega a nuestra función de alternativa dentro de la única escuela pública, para el sufrimiento y la soledad de los directores verdaderamente creativos, para la gran paciencia a la hora de definirlos y evaluarlos.

De no hacerlo, mejor no hablar de los valores.